

Ya me conocéis.

Soy Cris.

Cris5ceros en mi canal de YouTube y en mis diferentes redes.

Al comienzo de mis *tiempos sociales*, mi intención fue ponerme solo *cris*, pero adivinad: estaba pillado. Entonces empecé a añadir ceros a la derecha.

Cris0 era una mujer brasileña que trabajaba en una tienda de ropa de Santa Cruz do Capibaribe.

Cris00 tenía como foto de perfil una ilustración de una madre y una hija en un jardín. La madre decía: «Las chicas son delicadas como las flores» mientras la hija arrancaba una planta entera de cuajo. Megafán de la niña.

Cris000 era un chico de Las Palmas de Gran Canarias. Ante los ojos, siempre flequillo y, algunas veces, gafas.

Cris0000 decía llamarse Christopher y su hábitat era el gimnasio. Sus fotos sudaban.

No me dejé registrarme hasta el quinto cero. Así que me quedé con *cris00000*, que derivó en *cris5ceros*. El origen de mi nombre no es nada interesan-

te ni asombroso, pero tengo claro que ya no podría cambiarlo.

Voy a toda velocidad.

Viajo hacia Madrid a unos doscientos kilómetros por hora.

La velocidad punta del Alvia son doscientos cincuenta, pero en el tramo que va desde Santander a Valladolid el ancho de la vía no permite alcanzarlos.

El paisaje resbala por la ventanilla. Extensos campos de girasoles y de trigo se pierden en el horizonte con suaves ondulaciones. Los colores parecen llevar filtro: amarillo, verde, rojo arcilla... El cielo es un muro liso recién pintado de azul, solo con unas pequeñas salpicaduras blancas hacia el oeste: nubes despistadas que no saben ni cómo se han formado.

Cuanto más amplio es el paisaje y más lejos está el horizonte, más te cuesta saber si vas rápido o despacio. Sin embargo, de vez en cuando, algún elemento cercano cruza frente a tus ojos como en un parpadeo para recordarte que vas a toda máquina: un árbol, un poste de la luz, un niño que saluda detrás de una valla...

Siempre me ha gustado el vértigo, ir con la lengua fuera, hacer veinte cosas a la vez, abarcar mucho, pero apretando.

Avanzar.

Desde que he cumplido los dieciocho, mi vida se ha acelerado y se ha abierto más aún. Por eso muchas

veces pierdo la noción, no de la realidad, sino de la velocidad a la que la atravieso.

Avanzar implica dejar cosas atrás.

Es una obviedad.

El niño que saluda detrás de una valla, en mi caso, es David, mi exnovio. Me alejé de él sin vuelta atrás.

Si yo hubiese sido de buen conformar (expresión de mi abuela), me habría quedado junto a él. Seguro. Sus brazos fuertes sujetando la tabla de surf en la playa de los Locos, el cuerpo marcado por el traje de neopreno, la melena rubia que caía por su espalda como el agua entre las rocas, ojos azules de mar y cielo, el sabor a sal de su piel...

Estaba cañón.

Sin embargo, no era capaz de entenderme. Su vida era el surf y nada más. Yo me aburría de su vida y creo que él de la mía. Necesitaba a alguien que sintonizase con mis deseos, con mis locuras. David me frenaba. Era yo quien tenía que tirar de él.

Habría aceptado la vida que me ofrecía dentro de... ¿treinta años?... ¿De cincuenta?

Ni eso.

Me niego a cambiar, incluso a pensar en cambiar, a imaginarme diferente. Si algún día tengo que morir, que todo indica que sí, me encantaría hacerlo con cien planes en la cabeza. No quiero que llegue un momento en el que mire el horizonte desde una mecedora,

me rasque la barriga y piense que ya lo tengo todo hecho en esta vida. No quiero morir en paz. Y menos, morir antes de morir. La tranquilidad, para los que la necesiten, como David.

El tren se detiene en la parada de Aguilar de Campoo. Una chica con melena de color rojo fantasía entra en el vagón. Siempre me alegra ver colores inverosímiles en pelos, ropas, uñas... Como reina el silencio en el interior y el señor del asiento de al lado está concentrado en su lectura, me da vergüenza grabar una historia de Instagram explicándolo, así que entro en Twitter y escribo:

*Me encantan los colores «aquí estoy yo».*

La chica avanza mirando a ambos lados del pasillo hasta que encuentra su asiento, cuatro filas delante del mío. Mientras coloca su mochila en el portaequipajes, echa un vistazo por el vagón y creo que se detiene unos instantes en mí, pero enseguida se sienta.

Empiezan a llegar en cascada notificaciones, corazones, retuits, comentarios sobre colores. Voy contestando a los que puedo.

Como me ocurre a menudo en las redes, pierdo la noción del tiempo. A veces, hasta del espacio.

—Eres Cris. Cris5ceros, ¿no? —me pregunta desde el mundo real una voz femenina, como con miedo.

Levanto la vista del móvil con mi sonrisa de foto de perfil. Es la chica que se ha subido en Aguilar de Campoo.

—Sí —le confirmo, aunque creo que no le hace falta.

—Mis amigas y yo te seguimos desde hace años. Somos *cerománticas*.

El señor del asiento de al lado deja de leer y me mira, sin disimulo.

—¡Qué maravilla! —exclamo.

—¿Me podría hacer una foto contigo?

Me levanto y ella le pide a otro pasajero que nos haga unas fotos con el móvil.

En un acto de cortesía poco habitual, me pide permiso para subir alguna. Además, me las enseña para que decida cuál prefiero.

«Mucha gente se siente confundida cuando una frase no termina de la manera que ellos salchicha».

¿Conocéis esta frase? Hace años, la recibí por distintos medios y la compartí por otros tantos.

Pues yo soy como la frase. Me disperso. No me centro. Cuando me quiero dar cuenta, he perdido mi objetivo. «Cris, eres de impactos breves, fruto de la sociedad actual», me dijeron en un programa de radio. Quizá todo me cansa pronto. Empiezo a grabar un vídeo sobre las mareas en el Cantábrico y lo termino comentando el libro que estoy leyendo. Salgo de casa con la intención de tomarme un helado en el paseo marítimo de Suances y acabo en el centro de Torrelavega comiéndome un perrito caliente (nunca mejor dicho).

Sin embargo, esto que siempre me vendían como algo malo, ha resultado ser la principal seña de identidad de mi canal de YouTube.

Cuando empecé, algunos *comillas* entendidos *comillas* me dijeron que no me iba a comer nada si no dedicaba mi canal a algo concreto: videojuegos, humor, tecnología, las mareas en el Cantábrico... Que toodos los canales que triunfaban eran fácilmente identificables con uno o, como mucho, dos temas.

Agradecía el consejo, pero no hacía ni caso. Algunas veces me esforzaba y les contestaba que el tema de mi canal era yo. Porque, por encima de estrategias, de modas o de cálculos, el activo principal de cualquier *youtuber* es su verdad. Y mi verdad es dispersa.

En mi canal me abro en canal. Hablo y hago de todo..., bueno, de casi todo. De amigos, libros, pelis, videojuegos, injusticias, movidas mentales, juegos de mesa, noticias...

Y me va bien.

Muy bien.

Casi un millón y medio de seguidores de bien.

Ya nadie me aconseja que haga un canal temático.

Lo predecible me aburre. Por eso me identifico de alguna absurda manera con la frase de la salchicha. Y también porque me gustan las sorpresas finales, esos giros que hacen que todo cambie y adquiera otro sentido.

«Mucha gente se siente confundida cuando una frase no termina de la manera que ellos Palencia».

Acaban de anunciar la próxima estación en varios idiomas. El pelo rojo de la chica se eleva sobre los asientos como un espléndido amanecer. Extrae su mochila del portaequipajes y, casi de inmediato, se vuelve y dirige su mirada hacia mí. Cuando comprueba que yo también la estoy mirando y que sonrío, se ruboriza levemente. A pesar de todo, viene hasta mi posición.

—Venía a despedirme, Cris. Me bajo aquí en Palencia. Nada. Solo gracias por ser como eres. De verdad. —Señala su móvil y niega con la cabeza—. Desde que he subido la foto contigo, mi gente está muerta de envidia. Me han frito a preguntas y a mensajes que quieren que te transmita, algunos irreproducibles. La mayoría te desean lo mismo que yo: muchísima suerte para la presentación del libro.

El señor de al lado deja de leer, se revuelve en su asiento y me escruta de nuevo.

—Qué nervios y, a la vez, qué ganas tengo...

—Triunfas seguro. Yo habría bajado a Madrid, pero tenemos a mi abuela ingresada en el hospital y me toca quedarme con ella este finde. —Vuelve a señalar su móvil—. Eso sí, seguiré la presentación en directo. Igual se la pongo a mi abuela y todo.

—A ver si le va a sentar mal.

Nos reímos.

—Me encanta tu pelo —le digo.

—Elegí este color porque era... —se detiene un instante, como valorando si debe o no decir lo que se le ha ocurrido— muy «aquí estoy yo».

Continuamos con las risotadas.

*VELOZ.*

Así se titula.

Como el tren. Como mi vida.

Tiene 326 páginas, pero se hace corto. Me lo han dicho todos los que se lo han leído.

A mí se me hizo corto.

La ilustradora ha logrado una portada hipnótica, de una belleza sobrenatural. Destacan dos siluetas humanas: una empuña una espada y la otra, un bastón *bo*. Corren en direcciones distintas, pero sus estelas se cruzan de una forma casi orgánica. De fondo, se ven elementos electrónicos, como piezas de circuitos. El toque final son unas diminutas salpicaduras de colores, como gotas de pintura que hubiesen impactado a toda velocidad contra el libro. Le suman dramatismo y tensión.

Bajo las letras del título, viene mi nombre:

*cris5ceros*